

OKINAWA, LAS KURILES DEL SUR Y LA PROYECCION INTERNACIONAL DEL JAPON

En el Asia Oriental y en el Pacífico se están produciendo reajustes muy importantes como consecuencia de la nueva política norteamericana conocida como «doctrina de Guam», cuya aplicación ha de comenzar en breve. Ese cambio de horizontes, en el que también se implica la retirada británica «del Este de Suez», ha de afectar especialmente al Japón, la gran potencia asiática que se está convirtiendo en factor político activo en aquella región del mundo tras de los últimos y decisivos acontecimientos que vamos a señalar.

* * *

A consecuencia del Tratado de paz firmado en San Francisco en 1955, los Estados Unidos ocupaban el archipiélago de Ryu-Kyu en el que establecían una Administración militar para lo cual el presidente delegaba sus poderes en un general que gobierna Okinawa. Durante un cuarto de siglo, un millón de japoneses, habitantes de ese archipiélago, se han visto, así, segregados de su patria y regidos por una potencia extranjera contemplando, además, con creciente irritación cómo parte de sus tierras eran expropiadas para construir las inmensas bases que allí han alzado los Estados Unidos. «No hay base militar en Okinawa, toda Okinawa es una base» decía, hace algunos años, su administrador americano, el general Burguer. Y esa realidad no ha cambiado, pese al tiempo transcurrido, puesto que sigue siendo la principal base aérea americana en el Extremo Oriente. El Pentágono ha convertido aquella isla en el punto clave de todo su despliegue militar en el Pacífico. Nada menos que 117 bases, aéreas y de «missiles» de distintos tipos, tiene allí instaladas el mando militar americano. Okinawa, de tal forma, se ha convertido en una colosal fortaleza que proporciona garantías ante cualquier con-

flicto que pueda surgir en aquellos parajes, especialmente con la China Popular o Corea del Norte. *Keystone of the Pacific*, como se la denomina en los medios militares, tiene un valor estratégico tan considerable que resulta difícil su substitución, ni siquiera trasladando algunas de las bases a Guam y otras a la isla de Cheju, al Sur de la península coreana, tal como propone el Gobierno de Seul, que no oculta su preocupación ante cualquier indicio de la disminución del potencial bélico americano en sus inmediaciones—especialmente, en estos momentos en que se hace temer la reproducción de cualquier situación de emergencia con el régimen de Pyongyang—. El alto valor estratégico de tales instalaciones ha sido la causa de que Washington se haya negado hasta el momento a considerar toda perspectiva de abandono del archipiélago—Okinawa y las restantes 140 islas que lo integran—porque equivaldría a desmantelar su sistema defensivo del Pacífico.

Desde el momento mismo en que se inició la ocupación americana, los nativos de la isla y toda la población japonesa no ha cesado de expresar su descontento por la situación que les fue impuesta y han mantenido una infatigable campaña para reclamar la devolución del archipiélago, llegando, en sus manifestaciones, a alcanzar un perfil de neto antiamericanismo. Para calmar los ánimos excitados, el presidente Kennedy concedía, a principios de 1962, la autonomía interna a Okinawa y solicitaba del Congreso la extensión de la ayuda económica a las islas Ryu-Kyu. La visita a Naha del jefe del Gobierno japonés, Eisaku Sato, efectuada en agosto de 1965, culminaba con una gigantesca demostración popular que exigía el retorno de las islas al Japón, confirmando que las medidas adoptadas por la administración kennediana resultaban insatisfactorias. Pero el jefe del Gobierno de Tokio se limitaba, en su alocución a las masas, a reiterar su simpatía hacia los isleños aunque decía que «no alentaba la campaña para una inmediata devolución» del archipiélago. Esta prudencia de entonces—que se transformó más tarde en el estrepitoso fracaso electoral de su candidato—se derivaba de la terminante advertencia de Washington de que no devolvería las islas al Japón «mientras la seguridad de Asia haga necesarias las bases que en ellas existen». Dos años después, el anterior jefe del Ejecutivo del archipiélago, Matsuoka, había acudido a la Casa Blanca para expresar al presidente Johnson la urgente petición de ser nuevamente integrados en el Japón, no logrando ninguna contestación satisfactoria para sus aspiraciones, sino la promesa de que trataría de aumentar la ayuda económica americana de 12 a 25 millones de dólares. Pero no se trataba de una cuestión de dinero, sino de satisfacer el anhelo

popular, masivo e incontenible, de reintegrarse a la patria. El viaje de Sato a los Estados Unidos, en noviembre de 1967, tenía ese tema como uno de los principales de su agenda. Pudo conseguir la transferencia de las islas Bonín (entre las que figura Iwo Jima, de tan heroicas resonancias durante la última guerra), en virtud del acuerdo firmado el 5 de abril, aunque no tuvo éxito en la restitución de las islas Ryu-Kyu. Por ello, el 16 de noviembre, el pueblo de Okinawa recibía con amargo desengaño el comunicado de las entrevistas Sato-Jhonson después de haber alentado la esperanza de que Washington variase su inflexible postura. «Es difícil fijar la fecha apropiada para la devolución de Okinawa» confesaba Sato a los líderes de los partidos de la oposición. Y la misión que allí enviaba destacaba que para la paulatina reintegración del archipiélago era precisa «una postura flexible y cooperadora» norteamericana. Todos estos acontecimientos herían profundamente en sus más íntimos sentimientos a un Japón pletórico de prosperidad que consideraba a los Estados Unidos como un fiel aliado. Como el propio Sato afirmaba en la Dieta, el 14 de marzo de 1967: «la nación entera, incluyendo al millón de ciudadanos de Okinawa, está fervientemente anhelando el retorno de esta isla a la madre patria. Sin el retorno de Okinawa, el período de la postguerra no habrá terminado».

Cotidianamente, el tema de Okinawa iba escalando posiciones de primer plano y aglutinando la voluntad de toda la población nipona, sin distinción de matices ideológicos. Los insulares de aquella isla marchaban en vanguardia de esta actitud patriótica negándose a admitir la continuación de la administración militar norteamericana en el archipiélago. Cada año adquiría mayor extensión el movimiento reivindicador y, como consecuencia de la negativa americana a tomar en consideración esta demanda, surgía un estado de opinión contrario a la renovación del tratado de seguridad nipo-norteamericano en cuyo movimiento de oposición destacaba la participación de los estudiantes de la Zengakuren que chocaban reiteradamente con la policía durante sus manifestaciones antiamericanas¹. La decisión de Washington de proceder a la retrocesión de las islas Bonín se consideraba insuficiente y no bastaba a calmar los ánimos. En estas circunstancias, en noviembre de 1968 el candidato socialista a la Jefatura del Ejecutivo de Okinawa, Chobogo Yara,

¹. Sólo en 1969, 14.000 estudiantes —de los 444.000 que participaron en las manifestaciones— fueron detenidos por la policía, según revela un Libro Blanco publicado por dicho departamento.

triunfaba con 237.565 votos frente al candidato liberal-demócrata, Junji Nishime, que sólo alcanzaba los 205.011 votos. Aunque el partido gubernamental conservaba 18 escaños, frente a 14 de la oposición, en la Cámara Legislativa de Ryu-Kyu, el fracaso de Nishime constituía un símbolo y un duro golpe para Sato, revelando la amplitud del movimiento que calificaba de «renunciatoria», por demasiado complaciente con los Estados Unidos, la política que venía desplegando Sato respecto de Okinawa². Para descartar esta impresión, Tokio multiplicaba sus exigencias a Washington³ y procuraba dar la máxima publicidad a sus demandas. Pero estas medidas, consideradas como insuficientes, carecían de impacto en la opinión. El 28 de abril de cada año —día fijado para las manifestaciones en pro del retorno de Okinawa— millones de personas desfilaban reclamando la famosa isla y la salida de algún alto personaje en viaje oficial a los Estados Unidos desencadenaba, indefectiblemente, violentos incidentes de protesta⁴.

² En realidad, en estas elecciones, verificadas para cubrir la vacante de Seiho Masuoka, se enfrentaban dos tesis diferentes: la del programa electoral del triunfador, Yara, que consistía en la rápida promoción del fin de la administración americana, y la del candidato derrotado que apoyaba la política gubernamental de persistir en negociaciones con Washington para conseguir que, en el plazo más breve posible, accediesen a transferir las islas a la soberanía japonesa. Para los isleños de Okinawa resulta insufrible cualquier retraso de reincorporación al Japón, y por ello han dado, siempre, su adhesión a quien propone radicales soluciones. En diciembre de 1956 habían elevado a la Alcaldía de Naha, la capital, a un cripto-comunista, Kamejiro Senega, que exigía en discursos incendiarios la inmediata evacuación americana.

³ Así, el 11 de agosto de 1969, a instancias de Tokio, los Estados Unidos decidían retirar de Okinawa los depósitos de gas venenoso. El 25 de octubre de dicho año, Aichi ordenaba la apertura de una encuesta encaminada a comprobar los rumores de que aviones "B-52" americanos provistos de bombas de hidrógeno patrullaban constantemente en dirección a China continental y a Corea del Norte partiendo de la base aérea de Kadena (Okinawa).

⁴ Así ocurrió, por ejemplo, durante el mes de junio del pasado año cuando el ministro de Asuntos Exteriores marchaba a la capital norteamericana para plantear oficialmente el tema de la devolución de Okinawa. Las tumultuosas y masivas manifestaciones desarrolladas en el aeropuerto de Tokio y en las calles de la capital en el momento de la partida del ministro no dejaron ninguna duda de que la recuperación del archipiélago de Ryu-Kyu constituía el deseo unánime del pueblo nipón, sin distinción de matices ideológicos. La marcha, en noviembre, de Sato a Washington originó una noche de serias escaramuzas en los alrededores del aeropuerto internacional de Tokio, luchando los estudiantes y obreros jóvenes contra la policía en un desesperado esfuerzo por impedir el viaje. Los manifestantes, unos ocho mil, presentaron dura batalla

Sato comprendió que el asunto no podía demorarse y que la presión de la opinión pública hacía absolutamente necesario llegar a un rápido acuerdo concreto con los Estados Unidos sobre el porvenir del archipiélago. Una primera toma de contacto acerca del tema entre los dos países había tenido lugar durante las reuniones, celebradas del 29 al 31 de julio, del Comité nipo-norteamericano de asuntos económicos y sociales. Aunque el tema de Okinawa, por razones obvias, no figuraba en la agenda, el 30 de dicho mes fue objeto de discusiones entre Aichi, ministro de Asuntos Exteriores, y el secretario de Estado norteamericano, William Rogers. Este, que había acompañado al presidente Nixon en su viaje a Filipinas e Indonesia, convino en tratar formalmente la cuestión en el curso de la visita que Aichi debía efectuar a Washington durante el mes de septiembre. En tal ocasión, Rogers dejaba entrever a su interlocutor cierta predisposición favorable ante las demandas japonesas siempre que fueran admitidas algunas condiciones fijadas por la potencia ocupante. La posibilidad de un acuerdo, por limitado que fuese, abría cauce al optimismo de Sato dada la gravedad que este problema tenía para el Gobierno de Tokio. Virtualmente, después de las conversaciones Aichi-Rogers se había llegado a un principio de acuerdo, aunque ambos estadistas se mostraron tan poco comunicativos que gran parte de la prensa mundial convino en considerarlas como un fracaso debido a la «incomprensión americana sobre el problema de Okinawa». Sin embargo, los círculos oficiales japoneses no ocultaron su optimismo y, a mediados de septiembre, hablaban ya de un retorno de las Ryu-Kyu en 1972, tan pronto como se acordaran las cláusulas de la retrocesión durante las conversaciones Nixon-Sato que debían celebrarse en noviembre.

Cuando el jefe del Gobierno japonés declaraba, en vísperas de su marcha a los Estados Unidos, que «me juego mi porvenir político en estas negociaciones» no exageraba un ápice puesto que, al grado a que habían llegado las cosas, la opinión pública había demostrado suficientemente que no estaba dispuesta a tolerar fracasos respecto al retorno de Okinawa y resultaba imprescindible darle pronta y cumplida satisfacción si pretendía mantenerse en el poder. A su vez, para Washington resultaba muy conveniente no desoir las demandas niponas en virtud de varias razones muy importantes.

a las fuerzas de seguridad, desplegadas en número de diez mil hombres. Sato tuvo que trasladarse en helicóptero hasta el aeropuerto de Haneda, ante las amenazas de los revoltosos de cortar la carretera.

El curso de los acontecimientos demostraba a la Casa Blanca la necesidad de reconsiderar su primitiva postura de mantener a ultranza a Okinawa como eslabón vital de su cadena defensiva del Pacífico, si pretendía conservar la amistad y la cooperación japonesa. La prolongación indefinida de la ocupación americana estaba causando un grave daño al espíritu de amistad entre los dos países ya que los sentimientos puramente patrióticos que, inicialmente, movían a la mayor parte de los manifestantes y de quienes, sin serlo, exigían el retorno de la isla iban cambiando gradualmente hacia un claro antiamericanismo al comprobar la intransigencia de Washington en atender esta reivindicación nacional. Además, con el volumen que había cobrado este sentimiento se hacía sumamente dudoso que ningún Gobierno, ni aún el más amigo de los Estados Unidos, se atreviese a renovar en 1970 el Tratado de Seguridad mutua—que constituye la piedra maestra de la estrategia defensiva norteamericana—ante la impopularidad de semejante pretensión mientras Washington no demostrase mayor comprensión. Se podía recordar que el decisivo paso dado por Nobusuke Kishi al firmar dicho Tratado había desencadenado una oleada de descontento popular ante el temor de que el Japón quedase implicado en un futuro conflicto bélico. Por eso, precisamente, las tumultuosas manifestaciones que tuvieron lugar en junio de 1960, protestando contra la proyectada visita del presidente Eisenhower, promovieron la cancelación de dicha visita y la dimisión de Kishi de la Jefatura del Gobierno. La renovación, en el año actual, de dicho Tratado sólo sería factible, políticamente, si venía precedida de un gesto norteamericano capaz de impresionar favorablemente al pueblo nipón y sólo la restitución de Okinawa era capaz de producir semejante resonancia. Por otra parte, ante el constante progreso de los armamentos nucleares, Okinawa ha perdido gran parte del valor que poseía hace veinticinco años.

En tales condiciones, producto de la mutua acomodación al ambiente real, el 21 de noviembre el presidente Richard Nixon y el jefe del Gobierno nipón, Eisaku Sato, daban fin a una serie de entrevistas que la Casa Blanca no dudaba en calificar de «históricas». En el transcurso de estas conversaciones, Sato lograba alcanzar uno de los más señalados triunfos diplomáticos del Japón de la postguerra al conseguir el acuerdo de restitución, en 1972, a la soberanía japonesa del archipiélago Ryu-Kyu con su importante isla de Okinawa. El acuerdo entre los dos países tomaba la forma de un comunicado conjunto cargado de trascendentes sugerencias, cuyo texto no se limitaba a señalar las concesiones otorgadas por ambas partes, sino que dejaba entrever

la inauguración de una «nueva era» en las relaciones entre ambos países y en el papel que ha de asumir el Japón en el futuro del Asia oriental. Terminadas las conversaciones, Sato declaraba en el Club Nacional de Prensa de la capital federal que estamos en presencia de «una nueva edad del Pacífico, donde un nuevo orden será creado por el Japón y los Estados Unidos».

En los términos del acuerdo, Washington se compromete a restituir Okinawa aceptando las exigencias de Tokio de retirar previamente de dicha isla los armamentos nucleares que allí poseen. No obstante, se ha convenido que en caso de crisis internacional grave, dichos armamentos nucleares pueden ser reintroducidos en las bases que conserven los Estados Unidos, después de la retrocesión de la isla al Japón, siempre que el Gobierno japonés conceda previa autorización para ello.

En virtud de estos acuerdos, el Japón se convierte en factor activo al participar en el mantenimiento de la seguridad en Extremo Oriente, asumiendo amplias responsabilidades para equilibrar el vacío causado por la retirada norteamericana de aquella región del mundo. Queda tácitamente convenido que el Japón queda ligado a la defensa de aquellos dos países que causan mayor preocupación a los Estados Unidos en el Extremo Oriente, como son Corea del Sur y Formosa. Taiwan, según palabras de Sato, es «un factor muy importante para la seguridad del Japón». Así se explica que, el 29 de noviembre, Chou En-lai, en un discurso pronunciado en la Embajada de Albania, declarase que «este pretendido retorno de Okinawa es una pura superchería. Nixon ha prometido restituir al Japón Okinawa, base de agresión americana, pero en realidad es Eisaku Sato quien ha consentido transformar todo el Japón en un Okinawa que serviría de base de agresión a los Estados Unidos. El Gobierno japonés de Sato, devorado por la ambición, intenta con insolencia reanimar el militarismo a un ritmo acelerado». Siguiendo esta pauta, el 2 de diciembre, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Vietnam del Norte, difundía a su vez una declaración oficial condenando duramente «la colusión de los imperialistas americanos y la administración reaccionaria del primer ministro japonés Sato, de la cual el comunicado común Nixon-Sato suministra una prueba aplastante. El comunicado aclara las intenciones de los Estados Unidos de utilizar el militarismo japonés como tropas de choque en Asia y la intención de las autoridades japonesas de apoyarse en los Estados Unidos para realizar sus ambiciones expansionistas». Críticas parecidas se han formulado en Pyongyang, respondiendo al clima creado en aquella zona.

Claro está que el hacerse cargo de estas nuevas responsabilidades ha de implicar que el Japón posea suficiente nivel militar. Ultimamente, los servicios de Defensa japoneses han procedido a un inventario de los armamentos de sus tres ejércitos para justificar el proyecto de construcción de una base de cohetes *Nike* en Naganuma, en la isla de Hokkaido. Según este balance, las fuerzas terrestres disponen de 2.200 piezas de artillería, 30 cañones lanzamorteros, 1.300 cañones sin retroceso, 60 lanza-cohetes anticarros, 50 cohetes suelo-aire *Hawk*, 720 tanques de todo tipo, 570 carros blindados y 340 helicópteros. La marina posee 210 destructores con un desplazamiento de 134.000 toneladas, 310 barcos auxiliares y 250 aparatos aeronavales. La aviación dispone de 960 cazas, bombarderos y transportes así como cohetes suelo-aire tele-dirigidos y 72 baterías antiaéreas equipadas con «missiles» suelo-aire *Nike*. El armamento, por lo que se desprende de esta relación, no está en consonancia con el importante papel que ahora—en virtud de la doctrina Guam y de los acuerdos Nixon-Sato—deberá corresponder a las fuerzas armadas niponas en el mantenimiento de la seguridad asiática. Un libro oficioso dado a conocer en Tokio en octubre planteaba la necesidad de equipar a las fuerzas armadas debidamente para hacer frente «a una posible agresión externa». En los momentos en que los Estados Unidos planean la retirada militar—parcial por lo menos—del Extremo Oriente esta cuestión cobra especial significación. «Es necesario un poder militar—se afirma en el volumen—capaz de conjurar la agresión alrededor del Japón y mantener la paz y la seguridad, sin la cual ningún sacrificio de los ciudadanos resolverá los problemas de su país». Para esto será preciso elevar el número de soldados, actualmente de 180.000, y dotarlos de moderno material.

Obtenido el decisivo triunfo del acuerdo con los Estados Unidos para la restitución de Okinawa, Eisaku Sato decidía explotarlo inmediatamente para afianzarse en el poder, obteniendo un nuevo mandato que le permitiera proseguir, en condiciones de absoluta garantía, la política que se ha trazado fundamentada en la continuación de la alianza americana y la participación activa del Japón en la política asiática. En consecuencia hacía decretar, el 2 de diciembre, por un edicto imperial la disolución de la Cámara y fijaba para el 27 de dicho mes las elecciones generales, anticipándolas para beneficiarse del entusiasmo popular. Como estaba previsto, el partido democrático liberal de Eisaku Sato obtuvo, por amplio margen, el triunfo en las elecciones⁵. Los

⁵ Los resultados de estas elecciones del 27 de diciembre han sido los siguientes: partido liberal demócrata, 288 escaños (+ 11); partido socialista, 90 (— 50); Komeito,

partidos de la oposición—que, en los años anteriores, habían centrado su campaña electoral en la indefinida ocupación americana de Okinawa—quedaban privados de su principal argumento, el que más amplias resonancias emocionales despertaba. Así, durante la campaña electoral, los dirigentes de la oposición—partidos socialista, comunista y komeito (budista)—se han visto obligados a cargar el acento en cuestiones completamente secundarias, incapaces de despertar el entusiasmo de las masas, plenamente satisfechas del retorno del importante archipiélago de Ryu-Kyu. «La restitución no será ni inmediata, ni incondicional. Los americanos conservarán un número muy grande de bases y la posibilidad de reintroducir sus armas nucleares» clamaban los candidatos que fueron derrotados. Ciertamente que no se ha conseguido la inmediata retrocesión que pedía el «Komeito» pero dos años es un plazo ínfimo en la vida histórica de un pueblo. Tampoco los otros argumentos tienen mayor consistencia puesto que los Estados Unidos, aunque conserven cierto número de bases se ven obligados a someterlas al mismo estatuto de las que actualmente poseen en el Japón. Y esta diferencia es notable. En cuanto a la reintroducción de armas nucleares, ya hemos indicado que habrá de obtener, previamente, la autorización del Gobierno japonés. Es decir, carente de argumentos sólidos, la oposición se vio en la necesidad de acudir a sutiles disquisiciones dialécticas para conseguir el favor del electorado, fracasando en su empeño, puesto que las masas no dudaron en refrendar el brillante éxito diplomático obtenido por Sato.

El jefe del Gobierno se encuentra, así, en óptimas condiciones para enfocar el tema crucial de la renovación del Tratado de seguridad mutua con los Estados Unidos durante el año en curso. Ante la nueva política de la administración Nixon—la contenida en la doctrina de Guam—para el Extremo Oriente, esta renovación consagrará la decisiva influencia política nipona en el Asia oriental, dentro del marco de una cooperación reforzada con los Estados Unidos. Esto significa un reajuste de todo el equilibrio de fuerzas en el Pacífico y el repliegue americano de aquellas áreas vitales, aun cuando no sea absoluto, quedará compensado, en lo sucesivo, por la presencia activa del Japón que asumirá las responsabilidades derivadas de aquel repliegue.

Tras el arreglo definitivo de la cuestión de Okinawa, Tokio se apresta

47 (+ 22); partido demócrata socialista, 31 (+ 1); partido comunista, 14 (+ 9); independientes, 16 (+ 7).

a tratar de resolver la segunda parte de sus reivindicaciones, las islas Kuriles del Sur, que se encuentran bajo la ocupación soviética. Este es el máximo problema que el Japón tiene planteado con la U. R. S. S. y afecta a la amistosa cooperación que ambas potencias mantienen en el terreno técnico y económico.

Las islas que reclama el Japón son cuatro—Etorofu, Kunashiri, Shikotán y Habomai—aunque, en realidad, sólo dos de ellas, Etorofu y Kunashiri, pertenecen claramente a las Kuriles, puesto que Tokio asegura que las dos pequeñas islas de Habomai y Shikotán no formaron nunca parte de dicho archipiélago. La importancia que tienen para el Japón es puramente estratégica ya que están alejadas de Hokkaido, la isla más septentrional del territorio japonés, por un brazo de mar de sólo 18 kilómetros de ancho. Carecen de interés económico ya que la industria pesquera es la única actividad del archipiélago y en estas islas reclamadas esa actividad es muy reducida.

Fue la Conferencia de Yalta (4-11 febrero 1945) cuando Stalin pidió incorporarse la mitad meridional de la isla de Sajalin y la totalidad de las Kuriles—ambos territorios japoneses—como precio de que la U. R. S. S. entrase en guerra contra el Japón. La petición fue aceptada por Roosevelt y en el acta del acuerdo se afirma que «los jefes de las tres grandes potencias han convenido en que estas reivindicaciones de la Unión Soviética recibirán una satisfacción incondicional después de la derrota del Japón». Ocupadas por el Ejército Rojo, el «Presidium» de la U. R. S. S. decidió, en febrero de 1946, que Sajalin y las Kuriles formasen una provincia integrada en el distrito de Jabarovsk, del que fueron segregadas en febrero de 1947, para constituir un distrito independiente. El Tratado de paz de San Francisco, de 1951, hacía constar únicamente la renuncia del Japón a todo derecho, título o reclamación sobre esos territorios, por lo que la Unión Soviética se negó a firmarlo. No obstante, ahora, al negarse a considerar las demandas niponas arguye que «el Japón había renunciado a esas islas por el Tratado de San Francisco» y que «los aliados estaban de acuerdo en la cesión de las islas a la U. R. S. S. en la Conferencia de Yalta». Tokio impugna esta última razón negando validez a un acuerdo secreto que no puede, con justificación, clasificarse como Tratado internacional en el sentido estricto de la palabra ya que no fue concluido siguiendo las tres fases (negociación, firma y ratificación) del procedimiento clásico. El propio Foster Dulles declaraba en 1956 que Washington consideraba «el acuerdo de Yalta como una simple declaración de principios» en un «memorándum». En cuanto al primer argumento,

Tokio alega que Moscú no puede invocar un Tratado, el de San Francisco, que rehusó firmar y en el que tampoco se indicaba a qué Estado debían de pasar las islas. Por otra parte, debe subrayarse que las pretensiones niponas son muy moderadas, ya que no reclaman la mitad Sur de Sajalin y de los 11.000 kilómetros en que se extiende la cadena de las Kuriles sólo reivindica el eslabón final de 350 kilómetros de tan larga cadena.

La reclamación japonesa se planteaba el 15 de noviembre de 1961 cuando el jefe del Gobierno nipón, Hayato Ikeda, escribía a su homólogo soviético negando que el Tratado de San Francisco otorgara ningún derecho a la U. R. S. S. «sobre los territorios abandonados por el Japón» puesto que no se especificaba en el mismo la potencia que debía ocuparlos. Jrushev respondió preguntando «si el Gobierno japonés intercedía en favor de su aliado de ultramar que desea transformar las Kuriles en nuevas bases militares dirigidas contra la Unión Soviética». Con este argumento, el Kremlin dejaba en claro la verdadera naturaleza de su interés por el archipiélago que consiste en la importancia estratégica de la cadena de las Kuriles que, extendiéndose de la península de Kamtchatka hasta Sajalin, cierra la entrada del mar de Ojotsk y lo transforma en un mar interior soviético, sirviendo de barrera defensiva a las provincias marítimas del Pacífico.

Otra segunda tentativa tuvo lugar en diciembre de 1967 cuando se iniciaban en Moscú una serie de conversaciones entre el viceministro soviético de Asuntos Exteriores, Vinogradov, y el embajador del Japón, Toru Nakagawa, destinadas a preparar la firma de un Tratado de paz entre los dos países. Al ser suscitada la cuestión de las Kuriles, el jefe del Gobierno, Kosyguin, declaraba que la devolución de los territorios que fueron ocupados por la U. R. S. S. no procede porque «ya había sido solucionada a través de apropiados convenios internacionales, concluidos antes y después de la guerra» agregando que «cualquier agitación artificial del asunto, ahora, en nada contribuirá al desarrollo de relaciones de buena vecindad entre la Unión Soviética y el Japón». Toshio Kimura, ministro de Estado, contestaba que no puede considerarse como Tratado internacional al acuerdo de Yalta. «El Japón, alegaba, no puede renunciar a sus territorios septentrionales. Proseguiremos con paciencia las negociaciones con la U. R. S. S.».

El 1 de agosto de 1969, el Ministerio japonés de la Construcción anunciaba la próxima publicación, pese a la advertencia soviética, de un mapa demostrativo de cómo forman parte del territorio japonés las islas de Etorofu y Kunashiri. Al siguiente mes llegaba a Moscú el ministro de Asuntos Ex-

JULIO COLA ALBERICH

teriores, Aichi, para entablar conversaciones con los gobernantes soviéticos sobre diversos temas, entre los que ocupaba lugar preferente el de la devolución al Japón de las islas Kuriles meridionales. El 4 de dicho mes, Aichi se entrevistaba con Kosyguin pero el jefe del Gobierno soviético se negaba a tomar en consideración la demanda nipona de restitución de dichas islas arguyendo que esto «podría afectar a todo el problema territorial de la U. R. S. S.». Esta vigorosa negativa no ha enfriado los entusiasmos nipones puesto que, al haber resuelto dos meses después el caso de Okinawa, Sato declaraba que el retorno de los territorios del Norte—como se denominan estas islas bajo ocupación soviética—pasaba a ocupar el primer lugar entre los objetivos de la diplomacia japonesa.

Procediendo en consecuencia, el 9 de diciembre de 1969, en el curso de una conversación mantenida durante hora y media, el ministro de Asuntos Exteriores, Aichi, pedía al embajador soviético, Oleg Troyanovski, la apertura de negociaciones para restituir las Kuriles del Sur. Troyanovski rechazaba categóricamente la pretensión nipona, y, simultáneamente, Moscú desencadenaba una dura campaña de prensa. *Pravda*, en un editorial sin firma, denunciaba desabridamente los objetivos de Tokio. «Tales exigencias territoriales—decía—por parte de los vencidos de 1945 son de naturaleza capaz de provocar una nueva y lamentable tensión internacional». Esta tesis parece incompatible con la postura que la U. R. S. S. mantiene en la O. N. U. cuando, en el caso de Israel, asegura que la conquista militar no concede ningún derecho de anexión territorial y exige la evacuación de los territorios ocupados «a los vencidos» de 1967. El recelo que ha suscitado en la Unión Soviética el acuerdo nipo-americano en virtud del cual el Japón se transforma en agente activo de la seguridad de Asia, no contribuirá, indudablemente, a la favorable resolución para Tokio de sus reclamaciones sobre «los territorios del Norte».

JULIO COLA ALBERICH.

CRONOLOGIA

